



AL CIELO

¡Subió a los cielos!
¡Qué alegría para el alma cristiana!

Jesús subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre.

Al cielo, a su casa.

La Resurrección es el triunfo público y solemne, el triunfo oficial sobre la muerte y sobre el pecado; el triunfo glorioso de la redención.

La Ascensión es la vuelta definitiva de Jesús a los cielos, cumplida la misión de su Padre.

¡Y qué misión!

Rehabilitar a la Humanidad arrojada del paraíso, degradada, hundida en todas las miserias más abyectas...

crímenes, robos, impurezas, placeres, rebeldía satánica, odios...

Ahora era ya una Humanidad renovada.

Una Humanidad transformada.

Una Humanidad divinizada.

Ya se veía la primera germinación de una belleza espiritual que no podía soñarse.

¡La Virgen María!

¿Quién hubiera imaginado cosa igual? El fruto predilecto de la Redención.

Gratia plena; llena de gracia.

Dios ha derramado sus tesoros sin tasa. El Padre la hace su Hija; el Hijo la hace su Madre; el Espíritu Santo la escoge por su Esposa.

Y luego los apóstoles y los mártires.

¿Quién podía concebir un mundo de esa grandeza sobrenatural?

Jesucristo ha rehabilitado a la Humanidad, pero además la ha enriquecido con una belleza arrebatadora, que ha enloquecido a los santos.

¡Y a qué precio!

Le ha costado una vida de humillaciones y una muerte llena de oprobio y de dolor. No ha regateado el sufrimiento. Ha bebido el cáliz hasta la última gota.

Ha sido el amor el que ha hecho este prodigio. El Amor de Dios.

Por eso la Resurrección tenía que ser el acto más grande, la evidencia de su soberanía y de su triunfo.

Jesús quiso completar su obra. Cuando sus discípulos están ya consolidados en la fe les da las últimas instrucciones y, al tiempo de marcharse, les da la misión definitiva, les envía por todo el mundo.

Ahora es cuando sube a los cielos con majestad incomparable.

¿Qué significa la entrada triunfal de los más grandes conquistadores, aclamados vencedores y libertadores por el clamor delirante de multitudes innumerables? ¿Qué son los trofeos y las riquezas de todos los pueblos? ¿Las fiestas y la felicidad y la paz venturosa de todo el mundo?

Jesús ha vencido al demonio, ha renovado al hombre, ha traído la paz, ha reconciliado al hombre con Dios, le ha abierto las puertas del cielo...

El Cielo entero celebra el triunfo. Vuelve el Señor a su casa para no marcharse más. Trae lo más escogido de la humanidad antigua, ya regenerada; los patriarcas, los profetas; las figuras del Mesías, Noé, Abraham, Isaac, José, Moisés... el gran S. José, el Bautista...

¡Qué estremecimiento de alegría y de grandeza!

Millares y millones y millones de ángeles forman el cortejo triunfal y cantan himnos "que ni el oído oyó, ni el ojo vió, ni el entendimiento humano puede alcanzar".

Los apóstoles siguen con los ojos clavados en la nube blanca que ha ocultado a Jesús.

Nosotros sentimos la dulce opresión de una nostalgia divina.

¡Qué pena, no pensar en el cielo, en la felicidad! ¡que abyección pasa la vida en disputas, en ambiciones, en odio!...

"Nuestra vida es vivir con la mirada en el cielo", nos dice S. Pablo.

TÓMAS

PAX VOBIS

Año XL Zaragoza, 1 Mayo 1938. - El Año Triunfal Núm. 917

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1, Almacenes del Portillo.

Saludo a Franco «Arriba España»

EL RETRATO DE JESUS

No busquéis a Jesucristo ni en la tierra ni el mar; es inútil, no lo busques porque no le encontrarás, pues aunque está por doquiera se oculta de modo tal que hay que tener buena vista si hemos de verle al pasar.

El se oculta bajo el manto del viento en el vendaval, bajo el fragor de las olas y el furor del huracán; en la grandeza salvaje del enorme peñascual que se alza altivo y terrible cual orgulloso titán que con sus crestas dentadas pretende el cielo escalar. Ya que verle, pues, no puedes, porque no le has de encontrar en esta ciénaga impura que no puede retratar la grandeza de los cielos con toda su inmensidad retrato que encontrarás en el fondo de tu pecho, en aquella alma inmortal, que es retrato del Dios vivo; y mira si te amará, que al criarte, te escondió en el principal lugar

de tu pecho, su retrato, fotografía ideal, para que en los días tristes de tu vida, en que hasta el pan te sabrá a ajeno y a mirra, mirándole, puedas ya consolarte, al verle dulce, hermoso, alegre, sin par, llenándolo todo, todo; y... mirándole, dirás; "¡Qué bien se está aquí con El!" yo no sabía que allá, en el fondo de mi pecho, en ese humilde cendal, se encontraba El retratado como no pude soñar. "No te marches, Jesús mío, si quieres que viva en paz", le diré al verle tan Padre; Tú eres mi vida, mi pan, Tú eres la Luz de los cielos, puerto de seguridad. Contigo andaré seguro, sin Ti me hundiré en la mar de esta vida tormentosa, tormentosa por demás; así, así, siempre juntos, ¿quién nos podrá separar?

JULIO ASCANIO



TRIBUNAL BARATO

—¿Da usted su premiso?
—¡Adelante! ¿Qué te ocurre, Macario?
—Pues, miusté, que le quería icir a usted una cosa mu güena.
—Díla.
—Una cosa que s'alegrará mucho.
—Díla, pues.
—Pues como s'acerca el mes de mayo...
—Que harás las flores a la Virgen, ¿no?
—No señor; l'haré las flores a la

Virgen, cómo to los años, no faltaba más. Pero no l'iba dicir eso; mejor aún. A ver si lo endevina.

—Bah, necio; déjame estar.
—Pues que ahura es el tiempo de la primera comunión; y que esti año voy hacer yo también la primera comunión.

—¿Qué has dicho?
—Que yo también quíó hacer la primera comunión.
—¿Estás loco?
—No señor.

—¿No comulgas todos los días?
—Sí señor.
—¿Pues cómo has de hacer ahora la primera comunión?
—¿Y qué tié que ver eso?
—La primera comunión la hiciste cuando comulgaste por vez primera, de niño.
—El chico del tío Cosme l'ha hecho tres años seguidos.
—No te entiendo.
—Pues ahí ve usted, con to su saber.

—Es que no es posible. La primera vez sería la primera comunión; y la segunda vez sería segunda comunión.
—L'apuntaron pa hacer la primera comunión al otro año; y al año siguiente, lo mesmo.

—¿Y eso para qué?
—Porque pa la primera comunión le daron un vistido; y al año siguiente hizo otra vez la primera comunión y le daron otro vistido, qu'el se lo calló y era en otro puesto.

—Pero, ¿para eso ibas tú a comulgar?

—No señor; yo comulgaria con to la devoción del mundo, pero...

—¿Y qué falta te hace a ti el traje? Además, tú no eres niño.

—¿Y qu'importa? El otro día hizo la primera comunión un soldau, que tampoco era niño. Y le daron muchismas cosas. Cuando haga yo la primera comunión me darán también un vistido; y como a mí me conoce tol mundo iré a to las casas ande leen El Eco... y diría "soy Macario, qui hecho la primera comunión", y me dirían: "amos, Macario, quién l'había de icir! tan majo como está", y una me daba un rial u un duro, u dos, u lo que tuviá voluntad, que yo no se la quitaria la voluntad por mucha que tuviera; le daría las gracias acachando la cabeza, aunque fuá hasta el suelo si me daba mucho, y a otra puerta; y otra me daría un churricico que ya le saben que me gustan mucho, aunque eso cualquía lo comprende; y cuando llenase el capazo, a vacialo y otra vez por más. ¡Qué díica! ¡ahj...! Y dempués a pasíame amontau arriba en un coche destapau como cuando salen de la plaza. Y tol mundo diría: "Míá Macario, qui ha hecho la primera comunión".

—¡Cuántas majaderías dices, hijo mío! ¡Qué pena me da oírte hablar! En lugar de pensar en la devoción que inspira un sacramento tan sublime y encantador sólo piensas en la glotonería. Es bien triste que muchos piensan como tú. La preocupación principal no es la exquisita preparación del alma para recibir a Jesús, su Dueño y su Padre, para que se encuentre en ella a gusto y en "ella haga su casa". Piensan en el trajecito que les han de dar, en todas las miserias que tú ambicionas y que hacen del día más grande de su vida un día vulgar y mezquino. Sobre todo en las niñas, que las llenan de vani-

dades mundanas despertando y fomentando atractivos y estímulos que no necesitan y que les perturban y desorientan, quizás para toda la vida.

En medio de todo son como tú, Macario.

—¿Lo ve usted, como tenía razón?

—¡Calla!

—No s'incomode por eso. Lo que usted quiera; yo ya sabe usted qui di hacer siempre lo qui usted quiera. ¿Cuándo quiere usted qui haga la primera comunión?

—¡Vete, necio, vete, que me haces perder la paciencia!

Tilín, tilín.

—¿Se pué pasar?

—Adelante.

—¿Cómo está usted, señor Mago?

—Bien, ¿y vosotros?

—Semos de Mazaleón, que ya lo habrá usted sintido, qu'es güen pueblo.

—Sí, lo conozco, todo eso.

—¿Ha estau usted po allí?

—No, pero conozco ese terreno de Caspe, Maella y todo eso.

—Himos estau en el infierno todo este tiempo hasta qui han vinido nuestras tropas. No saben lo qu'es estar con los rojos.

—Ciertamente. No agradecemos a Dios bastante el beneficio tan grande que tenemos los que no hemos padecido la dominación roja.

—Aquello no se pué explicar: mataron al señor cura y al chico del herrero, qu'iba ya a cantar misa y a muchos paisanos. Quemaron la iglesia y siempre pensando que te van a afusilar.

—Ya estaba enterado de eso por algún evadido, pero aún queríamos esperar que no fuera todo verdad. Ahora veo que se ha confirmado todo. ¿Y cómo los mataron?

—Misté, al principio se reunieron los principales de drechas y dizquierdas y como no sabían por quién quedaría la cosa se comprometieron a que no habían de matar a naide, ganara quien ganara. Pero al momento que s'apoderaron del pueblo los de las izquierdas se escaparon del pueblo el señor cura y Gisbert, el estudiante de cura y muchos de drechas y se fueron al monte. Los del pueblo echaron un bando diciendo que golvieran, que no les harían nada, que respetarían lo prometido, y les mandaron recau que vinieran. Ellos se lo creyeron y vinieron y los llevaron a casa la villa al trebunal y les dijeron que no les harían nada; y cuando bajaron a la calle ya estaban en la puerta unos cuantos melicianos con fusiles y los hicieron subir a un camión que tenían allí con picos y palas, pa hacese la fosa; y los llevaron a fuera del pueblo; los hicieron bajar a los siete quiban y le dijeron a Mosen Jorge: "Con usted no tenemos nada, pero ha estau usted enseñando esas tontadas de Dios y de la religión... Si se desdice y se deja estar de to-

das esas cosas le perdonamos la vida".

Y Mosen Jorge contestó: "Yo toda mi vida he vivido por Dios y por Dios quiero morir". Y entonces le dieron una pistola al estudiante y le dijeron: "Si matas al cura te perdonamos la vida". Y el chico, aunque paecía encogido, estuvo mu entero y dijo ascape: "Yo no le toco un pelo a mi segundo padre". Y al instante lo afusilaron al Mosen. Y fueron afusilando a to los demás pa ver si s'acobarbaba Gisbert, que lo dejaron pa ultimo; y dempués lo afusilaron a él también.

—Son verdaderos mártires. Han muerto por ser cristianos y llenos de serenidad y grandeza cristiana. Son Santos. El Papa ya lo ha dicho. Lo mismo, lo mismo que los mártires de los primeros siglos, lo mismo que los de todos los tiempos, la misma fe, el mismo heroísmo.

Nos hemos llevado chasco de la perversidad de esos hombres de la revolución; no creíamos que cabría

tanta perversidad. Pero también nos quedamos sorprendidos de tanto heroísmo. No esperábamos un espectáculo tan sublime y tan general. En todas partes, sacerdotes, seglares, hombres, mujeres y aun niños. Es Dios que les transforma y eleva.

En los primeros tiempos se recogían cuidadosamente, no sólo las reliquias de los mártires, sino todos los datos de su martirio y las valientes y luminosas confesiones de su fe. Eso son las "Actas de los Mártires" que leemos con emoción. Ahora debéis reunir todos los datos que podáis de personas que lo hayan visto y escribirlo, que no tardará en llegar el día en que os lo pidan para poder escribir la Historia de la última persecución de la Iglesia Española. Y lo leeremos estremecidos de gozo y entusiasmo al sentirnos amigos, parientes de los mártires que invocaremos en los altares, más seguros de su protección y del triunfo de la Fe por la que dieron su vida.

EL MAGO

...Palma

et

coronis

luditis



...Jugáis con la palma y las coronas.

(Del himno del oficio divino de los Santos Inocentes Mártires.)

Es un contraste encantador el que se ve en la zona roja. En medio del terror espantoso de barbarie roja que todo lo riega de sangre y de espanto, convive una ciudad que no pierde la paz, llena de serenidad celestial. Celebran misa, confiesan, reciben la Sagrada Comunión...

Voy a transcribir una conversación que tuve con dos jóvenes recientemente liberadas.

—¿Habéis podido comulgar en vuestro pueblo?

—Sí, responden con alegría irreprimible; yo me he dado la Comunión muchas veces.

—¿De dónde sacasteis al Señor? ¿Quién os celebró misa?

—Lo traje yo de Barcelona; que fui a ver si podía irme a Francia, pero no pude y obtuve permiso para traerme al pueblo al Señor, decía con emoción alborozada.

—¿Y dónde conservábais al Santísimo?

—Lo teníamos en casa.

—Lo tendrías oculto, claro está.

—Lo teníamos en Sagrario y todo. Una caja de costura con su llave, la pusimos de pie. La forré por dentro

de seda y le pusimos hasta *conoqueo*.

—¿Pero estabais locas?

—Y lo tuvimos siempre con lámpara y con un *flexo* para iluminarlo bien.

—¿Y si hubiera habido un registro?

—Teníamos requisada la casa; nosotras vivíamos en el segundo piso, y en el piso de abajo estaba "Lister" con su "Estado Mayor".

—Pero vosotras...

—Y teníamos funciones con *Ex-puesto* y cantando el *Pange lingua*, pero en voz baja.

—¿Y no sabíais que a veces escuchaban por las puertas?

—Esta estaba muy alerta junto a la puerta de la habitación y aunque hubieran entrado no hubieran hallado nada. Estábamos prevenidas.

A la tía yo le he dado la comunión varias veces, decía con un gozo de gratitud.

—Habéis hecho como los sacerdotes...

Y reían gozosas de haber comulgado y haber llevado al Señor en medio de todos los peligros.

J. ADELAC

Olor de Cristo

El Apostolado Eucarístico

Hablar de D. Juan es hablar del Apostolado de la Eucaristía. Ya lo sabemos y ya hemos dicho algo de eso. Pero precisamente por ser ese apostolado lo que constituía lo que podríamos llamar el alma de su alma, no se ha dicho bastante. Por otra parte, el asunto es tan atrayente que hallamos propicia esta ocasión del mes de mayo con esta exuberancia eucarística de las *primeras comuniones* para recordar los afanes de aquel hombre excepcional que nos trajo a nuestro mundo, a nuestro tiempo esa vida deliciosa de Jesús.

Los que no han alcanzado aquella época de apostolado de D. Juan no se dan cuenta, no pueden formarse idea de la lucha empeñada que hubo de acometerse.

Ahora nadie entiende (hablo del mundo piadoso) un cristianismo sin Jesús. Aun los que no son piadosos no se extrañan, lo ven natural. Y la vida de la Iglesia toda fluye de la Eucaristía.

La misa, los ornamentos, el Crucifijo, la Pasión, el año religioso, la liturgia... todo habla de Jesús. Los grandes Congresos eucarísticos atraen millones de creyentes y dan ocasión a esas adoraciones fervorosas colectivas de pueblos acampados ante Jesús. La gente, aun los niños, comulgan a diario como una cosa natural.

Ahora se ve claro.

¡Bendito sea el que nos ha traído otra vez a los primeros tiempos de la Iglesia! ¡Gracias, Señor, por habernos enviado a tu siervo fiel!

Pero entonces...

La gente no comulgaba diariamente; ni aun abundaban las personas de comunión frecuente. Había almas piadosas, de oración, de vida interior, recogidas y austeras que eran ejemplares en todos los aspectos de su vida y no comulgaban frecuentemente. Padecíamos aún residuos del jansenismo.

Cuando sabíamos de alguna persona que comulgaba diariamente se la miraba—y era—algo extraordinario; la creían santa y la miraban al pasar y hablaban en voz baja.

Los mismos sacerdotes no eran los más favorables a esa *innovación*. Los más exigían disposiciones tan exquisitas que hacían impracticable la comunión diaria en la vida moderna.

Hasta hubo algún sacerdote que la creía una audacia, una intromisión intolerable. “Entonces—decía uno—serán los seglares lo mismo que nosotros”.

Ni aun en el retiro del convento hallaban asilo para la comunión diaria.

D. Juan escribió su áureo libro “La Eucaristía y la Comunión dia-

ria”. Aquello sonó como un nuevo evangelio, parecía un cristianismo nuevo, impregnado de divinidad. La Eucaristía ya no era el *banquete* de las grandes solemnidades; era el *Pan de cada día*. Muchos creyeron que se profanaba, temían una especie de degradación del Sacramento. D. Juan escribía y predicaba sin cesar sobre el mismo tema. Su palabra inflamada de vidente y de santo sonaba en las almas limpias como una nueva revelación.

D. Juan iba sólo, es decir, seguido ya de un grupo escogido que crecía sin cesar, lleno de alegría, abierto a una vida de penetración divina. Era una nueva era de la Iglesia; una nueva efusión del Espíritu Santo.

A pesar de estar todo el mundo en contra, a pesar de la práctica general, de la doctrina de los moralistas en uso, hasta de las normas de algunos santos... D. Juan seguía su marcha seguro, sin vacilar.

No era terquedad, ni idea fija, ni empeño de luchador. D. Juan iba sonriente sin parar. Miraba a Jesús y lo entendía todo; miraba a los apóstoles, a los primeros cristianos, y decía: “ésta es la vida cristiana, la de siempre en la Iglesia”.

El jansenismo había sido un eclipse. Por eso miraba a su alrededor y se asombraba de esa ceguera general. Había que volver el pueblo a Jesús.

En el confesonario hacía una germinación maravillosa. Allí cobraba su palabra una penetración sorprendente; en aquella intimidad sagrada se derramaba su alma llena de fragancias celestiales y adquiría una fuerza de persuasión irresistible. “Sólo una—me decía—ha resistido a la comunión diaria”; y de memoria, recordaba de momento unas ochenta que se confesaban con él. ¡Qué siembra continua, qué cultivo celestial, mejor dicho!

Su confesonario tenía un atractivo singular, y luego la siembra se difundía por las casas, las Juntas, por la calle, por todas partes. El *contagio* cundía. Era una nueva era de la humanidad. Jesús que se apoderaba del pueblo. La *revolución* estremeció particularmente los conventos. Tampoco las monjas comulgaban. Ni aun en los Seminarios estaba esa vida eucarística.

En el Seminario de S. Francisco de Paula comenzó pronto la transformación y en el Noviciado prendió en seguida el incendio. Madres y novicias se entregaron jubilosas a la nueva vida.

Pero la lucha arreciaba de un modo tremendo, por las sacristías, las Juntas, Cofradías, que se sentían superadas. No se puede aquí detallar;

EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Pilar 10—Zaragoza

PRECIOS DE SUSCRICION

De	1 ejemplar de cada número, al año,	2º00
2	"	3'00
3	"	3'75
4	"	4'50
5	"	5'00
10	"	10'00
15	"	12'50
20	"	15'00
25	"	16'50
30	"	18'00
50	"	26'00
100	"	45'00

ADVERTENCIA
IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERA, PUES, MAS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que nuestros lectores esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los

Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio.

adquirió proporciones inverosímiles y acritud increíble. El demonio no toleraba aquel avance arrollador de Jesús. Había que cortar aquel escándalo a todo trance.

Los murmuradores, los envidiosos atacaban sin cesar y por todos los medios. Aquello no se podía tolerar. ¡Qué escándalo! Todo el mundo a comulgar. ¡Y sin confesarse! ¡Los sacrilegios que se comían! Denunciaron el caso del Noviciado al señor Arzobispo y aquel prudente Prelado llamó a D. Juan para informarse de lo que pasaba y D. Juan, contestó sereno y humilde: “Señor, yo comulgo todos los días y ellas son mejores que yo”.

Hubo de adaptar reglas, turnos para las comuniones. La invasión siguió sin que nada pudiera detenerla. La Iglesia habló. D. Juan se había anticipado como un vidente. Eran ya los confesores todos, los predicadores, los libros, las revistas... todo hablaba de la Comunión diaria.

Dios concedió a D. Juan ver el triunfo de la Comunión diaria. Ahora lo vemos claro. Él siempre lo vio claro y sencillo.

JUAN DE LA CRUZ

“EL ECO DE LA CRUZ” es un auxiliar del Párroco para la propaganda en la Parroquia, Fábricas, Conferencias, Patronatos etc.

Tip. Gambón.—Canfranc, 3.—Zaragoza